

TRES AUTORES PARA UN POETA

LA RISA PERIFERICA DE JOSE LUIS TEJADA

por Aquilino Duque

Otro escritor de la bahía de Cádiz, ya desaparecido, el sanluqueño José Luis Acquaroni, dijo una vez al presentar a José Luis Tejada que el Puerto de Santa María producía un gran poeta cada veinticinco años. Veinticinco años tenía Rafael Alberti cuando nació José Luis Tejada.

La censura puede ser la piedra de amolar del estilo, pero hay una censura que no se atreve a llamarse por su nombre y que es fatal para la amena literatura, y esa censura es el silencio. ¿Fue víctima José Luis Tejada mientras vivió de esa censura, de ese silencio? Mientras vivió yo creo haber contribuído, en la escasa medida de mis fuerzas, a romper ese maleficio. Ciertamente pude haber hecho más de lo que hice, y lo que hice no fue más que escribir su semblanza para la «Gran Enciclopedia de Andalucía», donde salió recortada, dedicarle una viñeta en mi libro «Metapoesía» y comentar dos o tres libros suyos en periódicos de limitada difusión. En esos comentarios críticos no dejé de señalar defectos; defectos que a lo mejor no lo eran, pero a los que yo atribuía el insuficiente reconocimiento nacional de un poeta tan importante. Hoy que esos presuntos defectos ya no pueden corregirse, sería injusto no señalar ciertos factores, ajenos a la voluntad del poeta, que ayuden a explicar su marginación. Hablo de marginación en el caso de Tejada porque ya hace años, al publicar su «Para andar conmigo», aquel memorable homenaje a Lope, don José María Pemán lo situó, respirando también un poco por la herida andaluza, entre los poetas ex-céntricos, que es como decir periféricos.

Periférico, pues, ex-céntrico, marginal, José Luis Tejada quedó fuera, como quedaron otros muchos, de la «lista de reyes godos», del *numerus clausus* de la generación de los años 50.

Con motivo del quinario cernudiano celebrado en el Alcázar de Sevilla en la primavera de 1988, y al manifestar mi extrañeza de que no hubiesen acudido expertos en Cernuda tan notorios como Valente y Gil de Biedma, un profesor milanés me decía que él estaba traduciendo a Valente en ese momento; que hasta la fecha el interés por la literatura española en Italia había estado condicionado por la política, y que por eso él iba a traducir y dar a conocer a cinco poetas de la generación de los 50. Huelga decir que esos cinco poetas serían, amén de Valente: Rodríguez, González, Gil de Biedma y Brines, o Rodríguez Sahagún, Gil de Biedma y Goytisolo, o cualquier otra combinación con los mismos nombres, los mismos que son moneda corriente en todos los Departamentos de Literatura Española del Universo mundo desde los tiempos en que, según el ingenuo profesor lombardo, la política condicionaba la literatura, y que no han dejado de serlo ahora que dicen que ha dejado de condicionarla.

Los tontilocos que hablan de «páramo cultural» al referirse al panorama artístico y literario del «régimen anterior», dicen sin querer una gran verdad, porque cuando acudimos a los textos comprobamos que en aquellos años no prevalecían otros gustos ni otros criterios que los que imponían y consagraban a nombres como los que he mencionado más arriba. Con la promoción inmediatamente anterior pasó tres cuartos de lo propio, y eso explica que del *numerus clausus* de los Hierros, Noras, Celayas, Oteros y Crémeres quedara excluido el grupo «Cántico» por marginal, por periférico, por ex-céntrico. La clave del misterio del 27 la da la Antología de Gerardo Diego; la del misterio de los 50 está en dos antologías, la Consultada, del valenciano Ribes, y la del barcelonés Castellet, así como en la portada de la revista «Insula». Salir en portada en «Insula» era la consagración asegurada. Ni el gongorismo arabigoandaluz de los cordobeses ni el juego de ingenio de los gaditanos encajaban en las sobrias pautas de la poesía metafísica, social o moral del momento. Hasta el propio Alberti, desde las Chimbambas, se preguntaba «¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?», como un Celaya cualquiera.

Cuando se pasa revista a la «literatura comprometida» del momento aquel, que no era ni mucho menos la oficial, lo primero que salta a la vista es su falta absoluta de ingenio, de imaginación y de sentido del humor. Aquella literatura —no lo digo ahora por primera vez— padecía la seriedad del burro, y desde esa seriedad condenaba al silencio y a la inexistencia a toda literatura que se permitiera esos lujos insultantes del humor, la imaginación y el ingenio. Si un García Baena se permitía el lujo de la imagen gongorina, un Tejada se permitía el lujo del ingenio lopesco. Y con ingenio, humor y gracia expresiva reaccionó en unas «Coplas de las aguas turbias» aparecidas en Málaga en 1966, pero escritas con anterioridad a esa fecha. Esas coplas las reproduciría en su libro «Prosa española» once años más tarde, un libro que yo presenté en Sevilla, en la librería Al-Andalus, en unas fechas en que, por no atreverme a defenderlo por derecho, eludí el bulto generalizando sobre la personalidad literaria de su autor.

Hoy no me duelen prendas en destacar en esas coplas alusiones a «la poesía ética, de denuncia y testimonio», hostil a la belleza; a la postura de uno de los grandes poetas sociales del momento; a la guerra civil y a los XXV años de paz, y a la poética de lo colectivo y anónimo.

Nada de esto podía granjearle los favores del mandarinato literario.

Tejada tiene, junto a la ocurrencia de Alberti, la sonrisa de Pemán. A eso hay que añadir la risa de Muñoz Seca. Muñoz Seca, Pemán y Alberti son los puntos de referencia de Tejada: la risa, la sonrisa, la ocurrencia. Esas cosas no las perdona la seriedad del burro. Muñoz Seca pagó con la vida su don de risas, corolario del don de lágrimas. Al comentar su asesinato, decía don Jacinto Benavente: «A Muñoz Seca lo mató la barbarie de complicidad con la envidia. Porque la barbarie no sabe reír». A José Luis Tejada, su paisano, le tocó vivir unos tiempos menos trágicos en los que el don de risas no lo pagó con la vida, sino con la fama.

Hay indicios averiguados de que se empiezan a aclarar aquellas aguas que bajaban tan turbias y revueltas. Cuando se aclaren del todo, habrá sonado la gran hora de José Luis Tejada.

TEJADA EN LA CASERÍA DEL CONDE

por J.A. Muñoz Rojas

Algo se quiebra en el mundo cuando un poeta muere. A mí la muerte de José Luis Tejada me ha conmovido mucho. No fue hombre a quien vi en la vida con frecuencia, pero a quien estimé siempre grandemente como persona y como poeta en estricto orden de calificación, porque no es frecuente que se dé ese equilibrio con tanta plenitud, como se dio en el caso de José Luis. Hace poco años vino a esta Casería con Fernando Ortiz, Manolo Manzorro y Aquilino Duque a pasar un día que se quedó y aún anda colgando y resuena entre los cipreses del jardín. Nuestro conocimiento venía de años atrás, desde los tiempos en los que Fernando Quiñones echó a andar su *Platero* por Cádiz y sus Puertos, allá por los cuarenta. Los serones de aquel burro se llenaron con poemas que solicitaban las cartas de Fernando tan ágiles y llenas de gracia.

Decía que la muerte de José Luis Tejada me ha sobrecogido, porque van siendo ya muchos los poetas amigos que nos han dejado solos y llevo conmigo sus sombras a cuestras. Esta muerte ha convocado otras, ya que ni el poeta, ni nadie, muere nunca solo aun cuando tan solo se muera. Todos conmorimos un poco o un mucho con él. La ocasión, como en otras semejantes, me ha llevado a releer su poesía de la que siempre gusté y con la que siempre gocé. Ese goce de la poesía es distinto y característico en cada poeta. En la poesía de José Luis tiene esa calidad atlántica y salina, que desprende aquella «oleada de hermosura» que decía Juan Ramón de su mágica costa, y que tan distinta y andaluza nutre a los poetas salidos de ella. Gracia alada que se nos quiebra en cristales y que en el caso de José Luis conjuga el quiebro popular con la sabiduría clásica. Se me ocurre pensar que Lope, de haber sido andaluz y vivido en estos tiempos, hubiera escrito alguno de sus sonetos a la manera de José Luis, como José Luis los escribe a la manera de Lope. Muchos manantiales interiores le bullían y de su variedad y riqueza es buena muestra la selección contenida en su *Poemía*, que tan acertadamente prologa Leopoldo de Luis. Gracia, sabiduría popular y clásica, atención dolorida al alrededor, aceptación esperanzadora de

sus realidades trascendentales, son notas distintivas y abundantes de esa poesía. Mucho nos dice, como toda poesía legítima, de su autor, de su vida y milagro, del milagro que es la suya.

Si de cada poeta hay que tomar lo que puede darnos, como sabiamente nos dice T.S. Eliot, ¿qué nos ofrece la poesía de José Luis Tejada? Por lo pronto la de una fidelidad a sus formas y a sus asuntos, en vertientes distintas, como las clásicas de sus sonetos, a las desgarradoras de su verso libre, en una secuencia y transición claramente perceptibles, sin olvidar la vertiente popular que le salía del alma y de la tierra. Poesía siempre sentida donde está la vida entera del poeta. No es, contra lo que se pudiera pensar, José Luis Tejada, lo que llamaríamos un poeta plácido. Precisamente lo que constituye el meollo de su poesía, como muestran los sonetos últimos, es la gravedad y densidad de su contenido, vertido en impecable forma. De la esperanza a la pena, del estupor a la protesta, sin desperdiciar la ironía, este itinerario es el del poeta y su circunstancia. Pero ¿no es la poesía la auténtica circunstancia del poeta? A cuestras lleva el poeta su circunstancia y dentro sus compañías. ¡Ay, qué fuera el poeta sin éstas! Las de otros poetas se advierten como en cualquier poeta que se estima. Lo que sucede es que al fundirse en él, se suman a las riquezas propias y se personalizan en éstas. Aparte estas apreciaciones, no críticas (¿cabe hacer crítica de la poesía?) quiero hacer resaltar el carácter moral de la de José Luis Tejada y en ello va más de la mano de Quevedo que de la de Lope. Inevitablemente, añadiría yo. Y por supuesto, en poesía de este tipo, no anda la muerte lejos. O su sombra.

Ahí están para constancia, ese «añadiendo muertes a la mía» de los comienzos, o el estremecedor «Hijo de la muerte», o los sonetos de la «Meditación de la muerte», tan quevedescos y hermosos. No apercibida y lamentada como debiera ha sido la de José Luis. Bien lo anunció proféticamente:

Y si mi todo
llega después que yo haya sido?

No, porque ese todo que era él, está en su poesía que nos lo devuelve tan viva y consoladoramente.

JOSE LUIS Y ESPAÑA

por Leopoldo de Luis

Había dado ya mucho de sí José Luis Tejada, mucho de su andalucismo, de sus juegos verbales, de su sabia retórica, de su sentido de lo religioso, de su sensualidad. Había demostrado ser capaz de acompañar a Lope en melodiosos paseos endecasílabos. Había acercado luz barroca al borde del amor y de la muerte, como otrora lo hiciese don Francisco de Quevedo. Había tomado con mano culta el pulso de lo popular en su latido romanceado, tal el beneficiado cordobés. Había comprendido que unos ángeles ápteros dictan los sermones y habitan las moradas de un Alberti surrealista, y que en su mano estaba sacralizarlos con voz piadosa que sabía a herencia secular. Para andar contigo, una razón de ser —escribió—. Y para el cadáver del alba, un hoy por hoy. Y siempre —o nunca— el río del olvido.

Pero no era José Luis poeta de vanidades ni de superficies, sino de gravedad y hondura. Y pensó en España. Si verso es surco, prosa es línea recta. Quiso ir derecho por las sinuosidades españolas con un libro que muchos no esperaban de él, pero que a mí, que le había escuchado sus preocupaciones, me pareció nobilísimo espejo de entrañado sentir. Se sentía puente o punto de unión. «A caballo mi vida entre la vida / de los de ayer y de los de mañana». La realidad escuece demasiado para cerrar los ojos. «A mí también me duele España», testificó frente a unos y otros, porque no podía comprender sino en clave de abrazo. Su libro pone en verso la prosa española: poetiza sus contradicciones y sus desgarraduras. Es un libro hermoso: no quiere que el rencor siga infectando la casa y se pregunta si tanta querella resulta imprescindible. No se siente a gusto con que sea el paso del tiempo quien arregle la amargura. La muerte de los ex, dice (ex-iliado, ex-combatiente, ex-cautivo, ex-procesado) puede no ser solución, a más de ser cruel. Y el propio poeta se hundió en la muerte sin ver del todo claro en qué consiste ser español: ¿en un agrio modo de entendernos?, ¿en alzarnos unos contra otros? La «Oración por los españoles sin España» es una hermosa invocación a la «madre común» que tantas veces en su historia

se ve privada de muchos de sus hijos. Y el poema «Cuidemos este son» se alza en defensa del cante andaluz como «llanto preciosamente vertido contra el muro / de una agria realidad densa y flagrante».

Entre los poetas sociales y los poetas puros, José Luis Tejada se convierte con este libro en un poeta cívico de acento entrañable. Un poeta que ve los males de la patria y los asume poéticamente y hasta los condensa en aire de copla: «Mal momento para coplas, / y hacen falta, tanta falta / que ni su falta se nota». Son canciones de un poeta culto que sabe valorar lo auténtico: «Desdeñamos la experiencia / popular... en el pecado / llevamos la penitencia».

¿Cambió José Luis la seda por el percal cuando se decide a incorporar una temática exterior y cívica en este libro? De tal suerte no lo hizo que una de sus coplas advierte de un riesgo en el que mucho se guardó de caer: «Y hablamos de arte social / para el pueblo, pero el pueblo / no escucha al que canta mal». Nunca cantó él con desaliño o sin «ángel». He dicho alguna vez que José Luis era el poeta español más dotado poéticamente de Otero para acá. Lo reafirmo. El tema se queda en nada si la palabra no se unge con los sagrados óleos de la Poesía. Y José Luis oficiaba como nadie su liturgia. Hombre religioso, supo también rendir culto a los dioses poéticos. *Prosa española* es, en definitiva, una larga oración por España: ese culto hoy bastante olvidado.

ANTOLOGIA MINIMA DE JOSE LUIS TEJADA**ENCUENTRO**

*CUANDO con Lope tope allá en el cielo
me cogeré el mal freile de una oreja
y me dirá que a su palabra añeja
yo la he llevado a rastras por el suelo.*

*Yo le diré que sí, que bien, que se lo
he de pagar allí si Dios me deja,
pero que se arrugaba de tan vieja
su musa y yo la puse moza en celo.*

*—¡Rufián...!—¡Quién más rufián...! Olvidadizo.
¿ya no recuerda nada aquél que hizo
velas a Dios con sebos infernales?*

*Y guiñaremos a una estrella... Luego
iremos concertando, como en juego,
al alimón, sonetos ideales.*

CREDENCIALES

*TRAIGO que traigo voces sin sentido
y sentidos sin voz, a borbotones.
Callad. Cuando anochezcan mis canciones
podréis gritarle a Dios lo que no he sido.*

*Lilas que en vez de olerlas he mordido,
arañas que extirpé de mil salones,
dirán por mí, mejor que estas razones,
que bien se está mi muerte con mi olvido.*

*Y vosotras, espigas de un minuto,
que no pudisteis con mi peso enjuto
ni me disteis más flor que la primera,
dejadme el mármol virgen, sin relieve.
Ya nace abril desde el dolor, ya llueve.
Que el jaramago escriba lo que quiera.*

LETRILLA DEL QUIEN A QUIEN

*Si eres obra del Señor
y es el Señor hijo tuyo
antes de ser el capullo,
¿cómo pudo ser la flor?
Tú me lo dirás, señora,
que yo no lo entiendo bien,
¿Engendró el sol a la aurora?
¿Quién a quién?*

*Cosa es de maravilla
que antes que la luz naciera
alumbrada ya estuviera
la palma de tu semilla.
No debió ser tan sencilla
la cosecha de Belén:
¡La siembras tras de la trilla!
¿Quién a quién?*

*Hija del Padre te nombras,
madre del Hijo y esposa
del Espíritu. ¡Qué cosa
de asombros, que no de sombras!
Edén tú de par en par
antes de abrirse el edén.
¿Nutren las lluvias al mar?
¿Quién a quién?*

*Pero andamos en cuestiones
de amor, que no de razón,
y en cosas del corazón
están de más las razones.
No debe sabernos raro,
que hizo Dios las cosas bien:
amor dio amor. ¿Está claro
quién a quién?*

(De **Para andar conmigo**, Madrid, 1962).

ALMA RUBIA DE EUROPA

*TE conocí en tus selvas de Brisgovia sombría
Beethoven te cleaba tu nombre con dos dedos,
Dios se afaná en tus ojos todo un octavo día
y el susto de las corzas aprendió de tus miedos.*

*Andabas —cómo ibas a andar si no— desnuda;
apenas la guirnalda de muérdago en tu pelo,
las puntas de tus pechos como una doble duda
arándome estos aires que te aupaban en celo.*

*Despertabas las selvas de una sola mirada,
abrías las pestañas y era por fin la aurora.
Me pensabas e iba surgiendo de la nada
mi pecho y mi palabra con igual voz que ahora.*

*Traías la receta de la miel en un diente,
de la cera en el cuello, del pan entre las manos
y las daba al peso de un dolor suficiente
y te quedabas huérfana para quince veranos.*

*A favor de las sombras, virgen más que ninguna,
te violaron a fuerza de raptos siderales
y al fin te desangraste, preñada de la luna,
pariendo un niño de agua con dedos musicales.*

*Alma rubia de Europa, walquiria apaciguada,
Goethe con cien mil años te amaría de nuevo.
Yo te mando a Gustavo Bécquer con mi embajada
porque directamente, la verdad, no me atrevo.*

*El te dirá que eres la más alta poesía,
tu corazón y el tiempo rimando un mismo paso.
Si no entiendes su acento de andaluz, te diría
mi amor, la no tan baja lira de Garcilaso...*

*...Que salen ya sin duelo mis lágrimas quemando
hasta acrecer tu Dreisan y hostigarle su hielo.
Que en un Valhalla altísimo te espero improvisando
la Sinfonía Décima que al sordo negó el Cielo.*

*Que al rúnico vahído de tu nombre selvago,
—Paz del que vence, Muerte, Descanso del vencido—,
se une mi sangre ibérica en un himno de estrago
que troncha cinco estrellas y en Dios planta su nido.*

*Que nos han acercado con el solo destino
de estallar y encendernos por los cuatro costados
y marcarte los hombros con el hierro divino
de estos versos bilingües agriamente truncados.*

*Dame tu eterna y única juventud amorosa,
Margarita amarguísima para amada de lejos,
ahora que Mefistófeles se olvida en una rosa
y un pistilo de sangre borda tus zagalejos.*

*Sé que llevas escritos por las ingles sonoras
los diez mejores versos de un futuro lenguaje
y sé que habrás de abrírmelos cuando duerman las horas
o se haga un cerco místico de dolor el paisaje.*

*Sé que a la Muerte llevas atada de una pierna
y sólo ante un conjuro de Dios la soltarías
y aún sé que habrás de darme la visión sempiterna
incrustando planetas por mis cuencas vacías.*

*Sé que mi abrazo verde se deshará en la nada.
Que tu cintura es aire, de tanto ser cintura.
Que tu garganta virgen puede ser degollada
por cualquier verso afónico en un lied sin cesura.*

*Por eso voy dejando la mano y el latido
cada vez más dolido, cada vez más pequeño,
irresponsablemente, como un niño dormido
al que ni el cielo mismo pide cuentas del sueño.*

(De **Razón de Ser**, Madrid, 1967).

QUEDAR

*ENTRE una ceja y otra, como otros muchos días,
hoy, la gran mariposa negra de un pensamiento
negro, se me ha incrustado libándome alegrías,
clavándome un zumbido con aires de memento.*

*Que tengo que morirme, vieja historia olvidada
de puro dolorosa o de tan verdadera.*

*Que debo de salirme de mí sin dejar nada,
ni la memoria, gloria de esta historia siquiera.*

*No quiero, me resisto contra tanta negrura:
Morir, pero, a lo menos, quedar en un recuerdo.
Una acción generosa, una palabra pura
busco y soy al no hallarla yo mismo quien me pierdo.*

*Una a una entro y salgo las cuatro habitaciones,
donde me lavo y duermo, donde como y escribo,
y una vez más el aire se amolda a los rincones
y hace sitio a mi sombra de mortalmente vivo.*

FEBRERO

*VA la tarde a doblar. Febrero extiende
sus visillos de sal por el espacio.
La luz es poca y, sin embargo, duele
contra los ojos agotados.*

*Salen los niños de su escuela. Serios,
ni alborotados ni gritando,
como si el tiempo gris les encogiera
las gargantas, las piernas y los ánimos.*

*Acaso cruzo el centro de la vida.
Acaso lo he cruzado
muy antes y la cuenta de mis días
acabe en estos treinta y tantos años.*

*Estas tardes así, como evadidas
de la galera general, flotando
en un aire incoloro... Se diría
que apenas son su propio tránsito.*

*Tardes para sumirse en uno mismo,
cerrar los ojos y pensar despacio,
pasar lista al amor, y, pues no vino,
echar el corazón fuera, a buscarlo.*

AFORISMOS

*¿La oscuridad o la fe
es la que, cuando más grande,
menos con ella se ve?*

*La verdad, si bien la miras,
para ser ella verdad
precisa que haya mentiras.*

*El algodón de los campos
andaluces.
Una nevada sin frío
desde el tren, entre dos luces.
Esta sí que es buena nueva:
aquí que no nieva Dios
ni nieva el invierno, nieva
el labrador por los dos.*

(De *El Cadáver del Alba*, Madrid, 1968).

RAPTO

*Una fragata en la ría
y yo condiez bucaneros,
amor, de piratería.*

*Llegar a tu puerto un día.
Robarte, y hacerte mía...*

*¡Levad anclas, compañeros!
Que suenan por la Caleta
voces de carabineros.*

*Y en el lomo de una duna
tu padre con la escopeta,
solo ya, frente a la luna.*

OLIVAS

*Por la sal y el aceite de tus ojos marinos,
de tus ojos de oliva, mis molineros van
y van mis marineros, y van mis campesinos
espigando en tus finos trigalillos mi pan.*

*Por la leche dulzona que has de darme algún día
cuando bese tus manos de tan blanco deleite:
por la miel de contigo; por la simple alegría
de moler, vida mía, de tu olivo el aceite...*

*¡Ay granazón baldía de verte y no tenerte!
Cuando llegue ese día... ¡Cómo voy a quererte!
Pero... ¡Qué levemente te tendré que rozar!*

*¡Garza mía, gacela... mía, nenúfar mío!
Porque no se me rompa tu tersura de río.
Porque no se me seque tu verdor olivar.*

CIRCUITO APASIONADO POR LA BAHIA GADITANA

*Esta bahía vieja es como un gran hogar:
paseemos por ella en el tren familiar.*

*Todos son conocidos: el viejo vendedor
de picos, el mendigo y el propio revisor.*

*Sobre la antigua mesa de esta inmensa cocina
se extiende el candidísimo mantel de las salinas.*

*Neptuno y Baco acechan con sus fauces lascivas
el último despesque de lisas medio vivas.*

*Y el tren es un gusano moreno de pereza
que lleva un mechón pardo de nube en la cabeza.*

*A nuestras sabias almas no hay nada sorprendente:
llevamos cada pino enraizado en la frente*

*y esta duna está idéntica que en años anteriores
con su reposo de hembra desnudada de flores.*

*El mar se sueña de oro bajo el sol agosteño
y hasta la brisa misma se dora en ese sueño.*

*Rezuma vino antiguo la voz de la marea
y se ajusta un cintillo de espuma por presea
y este aroma que tiene color, tamaño y peso
se aduerme y se entretiene en la piel como un beso.*

*Gades, alada y áspera turbiedad desde lejos;
desde dentro, colmena prismática de espejos.*

*San Fernando nostálgico añora todavía
aquella última fiesta que dio Capitanía.*

*Rota, prenda del agua que la azota y la mima,
se abre si el mar se aleja, se cierra y él se arrima.*

*Puerto Real dormita sus sueños seculares
al compás de la brisa que mece los pinares.*

*Resucitado el Puerto, escribe en las salinas
con dedos de Levante sus gestas colombinas.*

*Cádiz, El Puerto, Rota, Puerto Real, San Fernando...
la canción alegrándose, la alegría cantando.*

*Mar para andar por casa. Para irse haciendo el pecho
al otro mar sin faldas de al lado del Estrecho.*

*Cristóbal, el de Génova, se ensayó en estos charcos
antes de irse a la buena de Dios con sus tres barcos.*

*Don Juan de las estrellas, el faro-mariposa
vuelve a la mar más bella tiñéndola de rosa.*

*¿Regalo de los Dioses? ¿Tentación del demonio?
¿Lo sabías tú acaso viejísimo Argantonio?*

*Medusas mitológicas pertinaces de historia
despiertan en la Atlántida rebrotes de memoria.*

*Pero un alfanje enhiesto sobre un escudo godo
la encalman recordándole que también muere todo.*

*Ni grande ni pequeño, ceñidor ambarino,
es menor que su aroma, como la flor del vino*

*y el mismo Autor celeste que goza en su hermosura
se lo ciñe y le ciñe la divina cintura.*

*Cádiz, El Puerto, Rota, Puerto Real, San Fernando...
la canción alegrándose, la alegría cantando.*

GUAJIRAS

*Para una vez que me diste
dos collares y un mantón
ya te has hecho la ilusión
que me mantienes y vistes.
Qué pronto te lo creíste,
señor de la Villa Quisiera.
Ni un par de horas siquiera
y ya presumes de dueño.
Vamos, salte ya del sueño,
no te caigas en la estera.*

*Si te pudiera tener
en un tarrito metida...
En un tarrito, mi vida,
y sin poderte mover.
Que yo te pudiera ver
y tú me vieras a mí
y en medio un cristal y así
ni una caricia ni un beso...
Pero yo sé bien que eso
no iba a convencerte a tí.*

*Tienes la media torcida,
se te ve desde el talón.
Métete en un portalón
y arréglatela enseguida.
Que es la media media vida
y si no se le remedia
hay media muerte que asedia
a la menor torcedura
para campar a su anchura
clavándote muerte y media.*

*Mi ruiseñora serías
si me quisieras seguir,*

*si te quisieras venir
a la sierra por tres días.
¡Qué prontito aprenderías
la cantilena extremada!
Y en cada lágrima, en cada
gota de abril sobre el río,
tú pío-pío y el mío
y el pío de la nidada.*

*Te está grande mi querer
se te nota por la altura
y te sobra tanta anchura
que no te sabes mover.
Sobra tela para hacer
dos mantelillos de altar.
Va a ser cosa de esperar
para mejor ocasión.
Telas de mi corazón
ya no las puedo cortar.*

(De *Del río del olvido*, Puerto de Santa María, 1978).

LOCO CON EL MISMO TEMA

*Amigo Antonio Machado:
la España que tú querías
todavía no ha llegado.*

*Sabe Dios si llegará.
Por hoy nos la están llevando
loca de acá para allá.*

*Dicen los entendedores
que no hay problema en España,
que son problemas menores.*

*Yo sólo te sé decir
que el povernir todavía
sigue estando por venir.*

*Que está igual todo y cambiado
sin Problema y con problemas,
amigo Antonio Machado.*

(De **Prosa española**, Conil, 1977).